

CUADRO FLAMENCO

*Poesía que obtuvo el PREMIO
EXTRAORDINARIO en los Juegos
Florales celebrados en el Círculo
de la Amistad el día 1 de Junio de 1932.*

Tablado lleno de luz,
como del sol, amarilla;
y, donde la luz más brilla,
la guitarra puesta en cruz
con la espalda de una silla.

Resplandores cegadores,
resplandores en las rejas que en el fondo se han fingido;
y en el cielo estremecido
de la noche, las estrellas esparciendo resplandores.

A donde tocar conviene,
pasito a pasito, viene
con arrogancia, el «toeaor».

Se acomoda, se serena,
afectado empaque acusa
de señor.

Tiene la cara morena,
morena, como la musa
de sus ensueños de amor.

Y en sus brazos al poner
la guitarra compañera,
lo hace con tanto placer
como si en ellos pusiera,

no una caja de madera
sino un torso de mujer.

Luego, con delicia loca,
con desbordante delicia,
la toca; y, mientras la toca,
parece que la acaricia.

Su mano choca y se va
cuando la cuerda la ataja;
mariposa inquieta, bulle, gira, tiembla, sube, baja
y, tras de la caja, henchido de emoción y de ansia ya,
es su corazón quien da
golpecitos en la caja.

Breves
notas,
leves
gotas
de poesía,
que en el cuenco de la mano
del gitano
van cayendo, se diría,
para abrirse en abanico, con la mano hecha armonía

Acerca, entonces, su asiento
más al que toca, el «cantaor»;
y, tras un largo lamento,
que se alza conmovedor,
de la copla en el acento,
tira el corazón al viento,
como si fuera una flor.

—Desde que en el cielo estás
tu ventana es un lucero;
a ella te asomas quizás;
y yo, que por verte muero,
no puedo verte jamás.—

En esto, esbelta y reidora,
con mantoncillo cruzado
y falda rebullidora,
pisa, segura, el tablado
Carmencilla la «bailaora».

Carne en brasas, que se entrega
de extraños y audaces ritmos a los invisibles lazos,
más hechiza si más juega,
se agita, flexible, o brega
con las sierpes de los brazos.

Y hasta su derecha espalda
suben, en círculo bello,
los volantes de la falda
para abanicarle el cuello,
mientras aupando el donaire
de sus risas placenteras,
dan empujones al aire
las curvas de sus caderas.

Talle fino, pelo endrino,
rostro ovalado y cetrino,
los volantes y los flecos, las caderas y los pies,
todo se hace un remolino
de colores,
que alentando van, después,
los olés
de los viejos «jaleaores».

Y en la fiebre volandera
del torbellino carnal,
las palmas, en vendaval,
crujen, como la madera
que se va echando a una hoguera
de viva emoción sensual.

Ella, dando al baile fin,

bruscamente se detiene;
 y un brazo en alto retiene
 lo mismo que un banderín.

Con desenfrenado afán
 de homenajes zalameros,
 bandadas de anchos sombreros
 a pararse a sus pies van.

Y, conmovido en la entraña,
 le ofrenda el pueblo sus loores
 y exprime, con arte o maña,
 para gozar los dulzores
 de una embriaguez que no daña,
 sus flores, que son las flores
 que lleva en el pecho España.

A LA REINA DE LA FIESTA

Señora gentil,
 que muestras en Mayo tus rosas de Abril.

Aún más hechicera,
 más pura y fragante que la Primavera.

Generosa y linda
 para más fortuna;
 rama de celinda
 toda en flor de luna.

Señora, flor, rama, esencia;
 yo te pido ahora perdón;
 porque el don de tu presencia
 me has dado y, por ese don,
 te dejo herida de coplas la carne del corazón.

FRANCISCO ARÉVALO.